

## Los personajes de *Mad men*

Los personajes de *Mad men* fuman en la oficina, en los ascensores, en los hospitales, en los aviones, en los trenes, en los taxis o en los hoteles. Fuman estén o no estén esperando a un hijo. Fuman de forma indiscriminada, sin complejos y sin contemplaciones, en todo tiempo y en todo lugar y lo hacen, además, sin mala conciencia y sin tener que asistir estoicamente o con la cabeza gacha a la moralina antitabaco de familiares, amigos, desconocidos o campañas del Estado. En *Mad men* fuman todos: hombres, mujeres y niños. Los personajes de *Mad men* también beben, beben de todo y lo hacen de hecho como si no hubiera un mañana. Beben en la oficina, por supuesto, donde cada despacho ha sido pertrechado con un mueble-bar al que se dirigen sin falta y cortésmente cada vez que reciben la visita de un cliente o de un compañero. Pero beben también en las fiestas, donde los cocktails y el champagne se mueven en bandeja entre los invitados; beben los domingos de barbacoa, sobre todo cerveza en lata, o los sábados de chapuzas en el hogar; beben whisky, ginebra o vodka incluso con la leche del desayuno. Beben en cada encuentro y en toda situación como si no fuera posible mantener una conversación sin la música del hielo repicando contra el cristal. En *Mad Men* se considera que hay dos o tres personajes alcohólicos.

Los personajes de *Mad men* son sistemáticamente infieles a sus esposas y maridos. La infidelidad está a la orden del día como lo está el asesinato de Kennedy, la marihuana, el *Black Power* o los Ford Mustangs; el adulterio corre a sus anchas y tarde o temprano alcanza a todos, incluso a los más abnegados, a los más arrepentidos y a los recién casados. Los personajes de *Mad men* entienden su mundo porque conocen bien sus condiciones de aceptabilidad. Todos conocemos nuestras condiciones de aceptabilidad, lo que se acepta o no se acepta en nuestro entorno. Tal vez no de un modo consciente, tal vez no en tanto que tales condiciones, pero las conocemos en la medida en que las hacemos efectivas. Creen que saben qué puede una mujer y no esperan de ella más que aquello para lo que ha sido preparada: el menaje del hogar, la cría de los hijos, las labores de secretaria. Poco importa que brillen como un sol en primavera o que simplemente brillen más que ellos. Lo que se puede o no se puede hacer no es algo que esté ahí, ante nosotros, esperando a ser reconocido. Pero tales condiciones nunca son de acero. Son condiciones históricas y culturales y como tal siempre son susceptibles de venirse a bajo. Todo lo que ha sido inventado puede ser destruido. Como decía Vattimo a propósito de Nietzsche, no existen los valores supremos, sino sólo los valores *tout court*<sup>1</sup>. Bajo nuestros pies, castillos de naipes, castillos de arena con ínfulas de rasca cielos que se comen el cielo. Los personajes de *Mad men* a veces hacen tambalear lo que se espera de ellos. Pero hay ínfulas que no se pueden derribar. No se puede hacer cualquier cosa en cualquier momento. Los griegos hablaban de *Kairós*, el momento oportuno, la ocasión única, la sazón de las cosas.

Había machismo en los años 60 y también homofobia. No es la homofobia airosa del odio y el miedo. Su presencia es más bien la del aire que corta o la del silencio sobrecogedor. Es la homofobia misericordiosa, la que hace la vista gorda, la que perdona la vida. Es la discriminación que deja vivir siempre que lo repudiado permanezca en la sombra. Podemos aceptar una desviación, podemos comprenderla como condena irremediable y podemos incluso apiadarnos, pero que no circule a la luz del día porque sin cuarentena hay un riesgo de contagio que transforma la enfermedad en vicio y depravación. Hay exclusiones sin panóptico. El poder sólo se muestra como tal cuando se rebasan los límites que impone. Hay que hacerle mostrar al poder su cara

más tórrida. No ya la que dirige secretamente nuestras vidas, sino la que censura, la que prohíbe, la que dice no incluso y sobre todo recurriendo a la violencia. Pero para ello es necesario que lo Otro extraño imponga el desafío mostrándose, revelándose. El poder es amable, dirige y cobija mientras seamos obedientes. El machismo y la homofobia atraviesan de cabo a rabo la vida de los personajes de *Mad men*.

¿Acaso no se sabía en los años 60 que el tabaco es mortalmente perjudicial para la salud? ¿No sabían tampoco que el alcohol destruye cuerpos y familias? ¿Y qué hay de la infidelidad, del machismo y de la homofobia? Medio siglo media entre los años 60 y nosotros. Apenas cincuenta años que podrían incluso ser menos si pensamos en que los años 70 no fueron, en lo que respecta a lo que aquí interesa, demasiado diferentes a los alegres sixties. Apenas un suspiro, por tanto, en el que, sin embargo, algo ha sucedido, algo se ha roto, algo ha cambiado. Por supuesto, ante esta disyuntiva, estamos todos preparados para agarrarnos con lealtad al dogma del progreso. Lo que media entre los personajes de *Mad men* y nosotros no es sólo la línea del tiempo, sino también esa otra línea sinuosa y constante del progreso de un saber siempre creciente y de una sociedad siempre más humana y siempre más racional que desde su condición de superación del pasado se lleva las manos a la cabeza ante la barbarie de los de ayer. Lo que nos diferencia de ellos es que nosotros somos más sabios, más comedidos, más equilibrados, más justos, más buenos. Sabemos más y somos además más conscientes. Pero, ¿estamos seguros de que no se conocían los estragos del tabaco, del alcohol, de la infidelidad, del machismo y de la homofobia? Por supuesto que se sabía, pero cuando uno contempla lo Otro, cuando uno observa lo que es culturalmente diferente\_ ya sea desde un punto de vista histórico, ya sea desde un punto de vista geográfico\_ desde una cumbre etnocéntrica, no puede evitar reducir la extrañeza que nos produce a una mera cuestión de saber, a una cuestión de grados del saber y a una cuestión, por tanto, pedagógica. El problema es que no sabían, es más, la explicación es que no sabían. De ahí el arsenal de investigaciones científicas comprometidas de antemano con la causa y listas para suministrar al poder el saber necesario para legitimarse. Si hemos de prohibir el tabaco, esto y lo otro, entonces necesitamos buenas razones para hacerlo. Ya se sabe que un poder arbitrario tiene los días contados. Michel Foucault nos ha enseñado, al menos a mí, que no hay relación de poder que no dependa para legitimarse de ciertos discursos o de ciertas teorías y no existe, asimismo, ningún discurso que no tenga repercusiones prácticas y que no esté atravesado por ciertas maneras de proceder. Teoría y práctica son el haz y el envés de la misma moneda por mucho que algunos filósofos, tal vez la mayoría, hayan soñado con el ideal de un saber que sólo se tendría a sí mismo por finalidad. El saber y el poder, la teoría y la práctica, lo discursivo y lo visible, no son disociables.

Pero se dan casos en los que la diferencia de grado del saber no explica la distancia que nos separa de lo Otro. ¿No sabían los nazis que matar está mal? En este caso nadie duda de que sabían, sabían lo que hacían porque no eran bárbaros, eran hombres blancos y europeos completamente inmiscuidos en el despliegue de la Ilustración. ¿Qué nos queda entonces? ¿Cómo explicar aquello? Con el recurso a la locura. Alemania perdió los papeles y se vio presa en una suerte de proceso de enajenación colectiva a lo largo del cual nadie o pocos tuvieron la templanza y la serenidad de hacer un alto en el viaje para tomar conciencia de la atrocidad que estaban perpetrando. La ignorancia y la locura son la cara y la cruz de una misma explicación etnocéntrica de lo que no entendemos. Y sin embargo, ni lo uno ni lo otro explican nada porque lo que media entre lo Otro y lo Mismo, entre lo culturalmente distante y

nosotros, no es la falta de saber ni la falta de cordura, no es la línea ascendente, continua y obstinada del progreso de la historia, sino el quiebro, la ruptura, la grieta o el abismo. Los personajes de *Mad men* saben, claro que saben. Los personajes de *Mad men* no están locos, claro que no. ¿Qué es entonces lo que nos diferencia? ¿Qué es esta distancia? ¿Qué es esto que paulatinamente nos va haciendo diferentes de nosotros mismos? ¿Qué es este desplazamiento, este gesto diferido, este progresivo, discreto e inadvertido desfase que de pronto nos coloca a una distancia insalvable que nos impide reconocernos incluso a nosotros mismos? ¿Qué es, en suma, esta transformación que de un día para el otro nos hace hablar desde un lugar distinto? No es el progreso, es la creación, la invención, el gesto inaugural. Un problema como el del tabaco o el alcohol no es un problema que se ofrezca espontáneamente al saber o a la conciencia. Los problemas no están ahí, en el aire, en el espacio, frente a nosotros esperando a ser descubiertos para gloria y salvación de la humanidad y por la gracia de una historia que se presenta humana y astuta. Como diría Deleuze, los problemas hay que inventarlos, hay que crearlos, hay que construirlos. Los problemas no se dan; los problemas se hacen<sup>2</sup>.

¿Por qué el tabaco se convirtió de pronto en un problema? ¿Por qué en un momento dado se hizo del tabaco un problema? ¿Acaso no hay aquí y ahora, en nuestro entorno, en nuestra vida cotidiana, innumerables fenómenos que por coherencia deberían considerarse problemas? ¿No es un problema que los ciclistas circulen sin casco o que los peatones a menudo no crucen por el paso de cebra? Algunos pensarán que estos son problemas menores, problemas ridículos, pero también lo eran en su momento algunos de los hábitos de los personajes de *Mad men*. Un problema no es un problema hasta que se hace de él un problema. ¿Qué convierte a un determinado fenómeno en un riesgo inaceptable y propio de bárbaros, ignorantes o locos? Es difícil responder a esta pregunta porque es posible que no haya cabida aquí para la construcción de un modelo teórico que explicaría la construcción de todo problema. Este es el motivo por el que la filosofía de Foucault no puede ser tomada como una abstracción bajo la cual caerían un número indefinido de descripciones empíricas. Su filosofía es una caja de herramientas: analiza tal mecanismo de poder en connivencia con tal forma de saber<sup>3</sup>. Algunas veces la construcción de un problema es sólo el efecto, más o menos involuntario, más o menos molesto, de medios que estaban destinados a otros fines. La incorporación de la mujer al mercado laboral respondía a principios y objetivos deseables y nobles, pero entre sus efectos también se cuenta la precarización del empleo. Si una familia cuenta con dos pagas, la reproducción del proletariado ya no ha de ser tan costosa. Ahí donde antes se pagaba un jornal, ahora se pagan dos mitades.

Pero se dan otros casos en los que la construcción de un problema no es un efecto, sino un producto deliberado, una pieza de artesanía. Zigmunt Bauman nos dice en *Tiempos líquidos* que el Estado social característico de buena parte de las sociedades occidentales del siglo XX ha entrado irremediamente en crisis porque ya no puede satisfacer parte de las funciones para las que había sido creado<sup>4</sup>. Ya no puede proteger la vida y la dignidad de los ciudadanos frente al infortunio porque ya no puede controlar a los mercados y sus caprichos. El Estado se revela impotente ante la tarea de dar garantías a la vida, ahora ya desamparada y precaria. En su lugar, se ha dejado un vacío y las personas deben buscar soluciones individuales a problemas originados por la sociedad. Pero ya se ha dicho que un poder arbitrario no puede sostenerse, así que el Estado ha tenido que arrogarse un nuevo papel, un nuevo rol que legitime el ejercicio de su poder, la obediencia de sus súbditos y su perseverancia en el ser. El papel del Estado

es hoy la prevención y, en particular, la prevención de riesgos: riesgos contra la salud derivados del consumo de drogas; riesgos contra la salud derivados del consumo de alimentos saturados; riesgos contra la salud derivados del sedentarismo; riesgos contra la integridad física derivados de los accidentes de tráfico, la amenaza terrorista, los pedófilos puestos en libertad, los asesinos en serie, los mendigos molestos, los atracadores de medio pelo, los acosadores, etc; riesgos varios y de todo género contra los que hay que prevenirse aun a costa de las libertades, aun a costa de la libertad. Hemos pasado del Estado social al Estado de la seguridad personal. Azotar el miedo se ha convertido entonces en la tarea más urgente y apremiante del Estado desde un punto de vista estratégico. La consumación de esta tarea es la merma de la libertad en el nombre de la prevención de riesgos, esto es, problemas que ha habido que inventar.

Y así es como los problemas, que en un principio eran sólo una cuestión de saber y cordura, se crean por un movimiento indisociable del poder y del saber. La cuestión es en realidad mucho más compleja de lo que puede parecer en el ejemplo que hemos tomado de Bauman porque el poder no es sólo ni en primer lugar aquello que se ejerce desde el Estado, sino que es aquello que se ejerce sobre todo desde innumerables canales de transmisión, tantos como relaciones humanas podamos contar. Los problemas se crean y se crean a partir de una conjura entre el poder y el saber que lleva a la subjetividad\_ lo que somos, el lugar desde donde hablamos y pensamos\_ al terreno de las arenas movedizas. Poder, saber y subjetividad forman el triedro desde el que entender la distancia que separa lo Otro de lo Mismo. Así que la próxima vez que veamos a los personajes de *Mad men* sacar una petaca de la solapa, debería sacudirnos la risa como sacudió a Foucault aquel texto de Borges con el que abre *Las palabras y las cosas*, ese texto en el que se cita “cierta enciclopedia china donde está escrito que los animales se dividen en a] pertenecientes al emperador, b] embalsamados, c] amaestrados, d] lechones, e] sirenas, f] fabulosos, g] perros sueltos, h] incluidos en esta clasificación, i] que se agitan como locos, j] innumerables, k] dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l] etcétera, m] que acaban de romper el jarrón, n] que de lejos parecen moscas”<sup>5</sup> y pudiéramos decir con él, con Foucault, que “lo que se ve de golpe, lo que, por medio del apólogo, se nos muestra como encanto exótico de otro pensamiento, es el límite del nuestro: la imposibilidad de pensar esto”<sup>6</sup>. Poco importa lo que hagan los personajes de *Mad men*. Poco importa *Mad men*. Lo que importa, lo que me importa, es explicar las distancias imposibles, explicar cómo se construye la diferencia y cómo se construyen los problemas. Explicar los abismos que cuartejan la humanidad.

Edgar Gili

Barcelona, abril de 2015

---

<sup>1</sup> Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad: nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Traducción de Alberto L. Bixio. Barcelona: Gedisa. 1985

<sup>2</sup> Gilles Deleuze; Claire Parnet, *Diálogos*. Traducción de José Vázquez Pérez. Valencia: PRE-TEXTOS. 1997

<sup>3</sup> Michel Foucault, *Microfísica del poder*. Edición y traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. Madrid: La Piqueta. 1979

<sup>4</sup> Zygmunt Bauman, *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Traducción de Carmen Corral. Barcelona: Tusquets editores. 2007

<sup>5</sup> Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Traducción de Elsa Cecilia Frost. Siglo veintiuno editores Argentina. 1968. 1 pp.

<sup>6</sup> *Ibidem*, 1 pp.